

gante, y nacerla la ríe del pavo real produciendo grande efecto. Anda ve y cómprate en casa de Staub un buen pantalon de cuero de lana. Eso presta.

— ¿Á cómo? dijo á voces Grantaire.

El tercer rincon estaba preocupado de una grave discusion poética. La mitología pagana y la mitología cristiana se daban allí de cach tes. Tratábase del Olimpo, por el cual tomó partido Juan Prouvaire, aún por espíritu romántico. Juan Prouvaire no era tímido sino en los momentos de reposo. Una vez excitado, brillaba con estruendo; cierta especie de alegría acentuaba su entusiasmo, siendo á la vez risueño y lírico.

— No insultemos á los dioses, decia, ¿Quién sabe si tal vez los dioses no se han ido aún? Júpiter no me presenta todavía la cara de un muerto. Decís que los dioses son sueños. Pues bien, aún tal cual es ella hoy, la naturaleza nos ofrece en su seno, despues de la fuga de esos sueños, todos los viejos mithós paganos. Tal montaña que muestra el aspecto de una ciudadela, como la Vignemale, por ejemplo, es aún para mí el tocado de Cibele; no es, en mi juicio, cosa probada que Pan no venga por la noche á soplar en el tronco hueco de los sauces, tapando sucesivamente los agujeros con sus dedos, y siempre he creído que *lo* entraba por algo en la cascada de Pissevache.

En el último rincon, hablaban de política. Allí se maltrataba la Carta otorgada. Combeferre la sostenia tibiamente, mientras que Courfeyrac la balia en brecha con la mayor energia. Habia sobre la mesa un malhadado ejemplar de la famosa Carta-Touquet. Courfeyrac se habia apoderado de él y le sacudia fuertemente, mezclando con sus argumentos el estremecimiento de aquella hoja de papel.

— En primer lugar, decia, yo no quiero reyes; aunque no fuera más que bajo el punto de vista económico, no los quiero; un rey es un sér parásito. No hay reyes gratuitos.

Oid esto: carestía de los reyes. Á la muerte de Francisco I.º, la deuda pública en Francia era de treinta mil libras de renta; á la muerte de Luis XIV, era de dos mil seiscientos millones de veintiocho libras el marco, lo que en 1760 equivalia, segun el testimonio de Desmarest, á cuatro mil quinientos millones, y lo que equivaldria hoy á doce mil millones. En segundo lugar, y sea dicho con perdon de Combeferre, una Carta otorgada es un mal expediente de civilizacion. Salvar la transicion, mitigar el tránsito, amortiguar el sacudimiento, hacer pasar insensiblemente á la nacion de la monarquia á la democracia, por la práctica de las ficciones constitucionales; en todo esto no veo sino razones detestables! No! no! no! no alumbremos nunca al pueblo con una luz esquiva y falsa. Los principios se debilitan y palidecen en vuestra cueva constitucional. Nada de convenios ni de compromisos bastardos, nada de concesiones ni de otorgamientos de rey al pueblo. En todas esas Cartas otorgadas, hay siempre un artículo 14. Al lado de la mano que da, está la garra que quita. Yo rehuso redondamente vuestra Carta. Una Carta es una máscara; la mentira está debajo. El pueblo que acepta una Carta abdica. El derecho no es derecho sino con la condicion de ser entero y completo. No! Nada de Carta!

Era el invierno; dos leños chispeaban en la chimenea. Courfeyrac no pudo resistir á la tentacion que en su ánimo provocaban aquellas llamas. Hizo con la pobre Carta-Touquet una bola de papel, arrugándola y estrujándola en sus manos, y la arrojó á la lumbre. El papel se despidió con una viva llama. Combeferre miró filosóficamente cómo ardia la obra magna de Luis XVIII, contentándose con decir:

— La Carta metamorfoseada en llama.

Y los sarcasmos, los chistes, las agudezas, los equí-

vocos, esa cosa francesa que se llama *entrain*, esa cosa inglesa que llaman *humour*, esa otra cosa española que llamamos, *jaleo*, el bueno y el mal gusto, las buenas y las malas razones, todas las chispas ardientes y todo el locotiroteo de un diálogo animado, subiendo de punto á la vez y cruzándose en todas las direcciones de la sala, formaban sobre aquellas cabezas una especie de alegre y festivo bombardeo



V

ENSÁNDHASE EL HORIZONTE

El choque de los espíritus jóvenes entre sí tiene esto de admirable, que jamás se puede prever la chispa ni adivinar el relámpago. ¿Qué es lo que va á resultar de allí en seguida? Nada se sabe. Una carcajada parte á veces súbitamente de un sentimiento de ternura. Y en un momento de chanzas y bufonadas, hé aquí que la formalidad hace su entrada solemne. Una palabra cualquiera es suficiente para dar el impulso. El númen de cada uno es soberano. Un ademán, un gesto, un lazzi, bastan para abrir el campo á lo desconocido é inesperado. Son estas unas conferencias de vueltas y reveses bruscos, en que la perspectiva cambia de repente. El tramoyista de esas escenas suele ser el acaso.

Un pensamiento severo, caprichosamente surgido de un choque de palabras, atravesó de repente el confuso labo-

rinto de frases y de gritos en medio del cual esgrimian sus lenguas, en el mayor desorden, Grantaire, Bahorel, Prouvaire, Bossuet, Combeferre y Courfeyrac.

¿Cómo brota una frase de un diálogo? ¿de dónde procede que ella misma se subraye en un momento dado en la atención de los que la escuchan? Acabamos de decirlo: nadie lo sabe. En medio de aquel murmullo, Bossuet terminó de súbito un apóstrofe cualquiera dirigido á Combeferre por medio de esta fecha:

— 18 de Junio de 1815: Waterloo.

Al oír este nombre de Waterloo, Marius, que estaba apoyado de codos sobre una mesa, junto á un vaso de agua, apartó su mano de la barba, y se puso á mirar fijamente al auditorio.

— Pardiez, exclamó Courfeyrac, este numero 18 es extraño y á mi me choca siempre extraordinariamente. Es el guarismo fatal de Bonaparte. Poned á Luis ántes de él, y brumario despues, y tendréis todo el destino del hombre, con esta particularidad expresiva, que el principio va aquí hostigado y acosado por el fin.

Enjolras, mudo hasta entónces, rompió al fin el silencio, y dirigió á Courfeyrac esta palabra:

— Quiere decir el crimen por la expiacion.

Esta palabra, *crimen*, traspasaba la medida de lo que podia aceptar Marius, harto conmovido ya por la brusca evocacion de Waterloo.

Levantóse, y se encaminó muy despacio hácia el mapa de Francia que se hallaba clavado en la pared, y por bajo del cual se veía una isla en un compartimiento separado; colocó el dedo en aquel compartimiento y dijo:

— La Córcega. Hé aquí una isla bien pequeña que ha hecho á la Francia bien grande.

Esto fué un soplo de viento helado. Todos se interrumpieron. Desde luégo se advirtió que iba á empezar allí algo.

Replicando á Bossuet, Bahorel se hallaba en el momento crítico de adoptar cierta postura de torso á la cual era él muy aficionado; pero renunció á ella para escuchar.

Enjolras, cuyos ojos azules no se dirigian entónces á nadie, pareciendo como que contemplaban el vacío, respondió sin mirar á Marius:

— La Francia no necesita de ninguna Córcega para ser grande. La Francia es grande. porque es la Francia. *Quia nominor leo.*

Marius no experimentó el menor deseo ni síntoma de querer cejar; volvióse hácia Enjolras, y su voz prorumpió con una vibracion que provenia del estremecimiento de las entrañas:

— ¡Plegue á Dios que jamas disminuya ni rebaje yo á la Francia! pero no es disminuirla el adicionarla con Napoleón. ¡Ah! pero, hablemos pues. Yo soy nuevo entre ustedes, mas les confieso que me dejan pasmado las cosas que aquí oigo. ¿En dónde estamos? ¿quiénes somos? ¿quiénes son ustedes? ¿quién soy yo? Expliquémonos acerca del emperador. Yo oigo decir á ustedes Buona parte, acentuando la *u*, como hacen los realistas. Les prevengo á ustedes que mi abuelo hace aún más; dice Buona parté. Ya los creía á ustedes unos jóvenes. ¿Pues entónces, en dónde colocan ustedes su entusiasmo? ¿y qué es lo que hacen de él? ¿á quién admiran ustedes, si no admiran al emperador? ¿y qué más necesitan? ¿Si no quieren ustedes á aquel grande hombre, á qué otros grandes hombres quieren? Ello reunía todo. Era completo. Tenía en su cerebro el cubo de las facultades humanas. Hacía códigos como Justiniano, dictaba como César; su palabra reunía el relámpago de Pascal al rayo de Tácito; él mismo hacía la historia y la escribía; sus partes de campaña son verdaderas Iliadas; combinaba el guarismo de Newton con la metáfora de Mahoma; dejaba tras sí en el Oriente

palabras tan grandes como las pirámides; en Tilsitt, enseñaba la majestad á los emperadores; en la academia de ciencias, replicaba á Laplace; en el consejo de Estado, hacía frente á Merlin; daba un alma á la geometría de los unos y á las frases y ardidés de los otros; era legista con los procuradores y sideral con los astrónomos; como Cromwell apagó una de sus dos velas, así él fué al Temple á regatear una borla de cortina; todo lo veía, todo lo sabía; lo que no le impedía sin embargo el reír como un buen hombre junto á la cuna de su niño; y de repente, la Europa des-pavorida escuchaba, los ejércitos se ponían en marcha, los trenes de artillería rodaban, los ríos veían improvisar sobre sus aguas enormes puentes de barcas, inmensas nubes de caballería galopaban en medio del huracán, gritos, trompetas, los tronos vacilando por todas partes, las fronteras de los reinos oscilando sobre el mapa; oíase el sordo y confuso ruido de un alfanje sobrehumano que salía de la vaina, y despues, veíasele á él, levantarse de pié sobre el horizonte con una antorcha en la mano y el resplandor en los ojos, desplegando entre truenos y relámpagos sus dos alas, el grande ejército y la guardia veterana; era el arcángel de la guerra!

Todos callaron, y Enjolras bajó la cabeza. El silencio produce siempre en cierto modo el efecto de la aquiescencia, ó de batir en retirada. Casi sin tomar alientos, Marius continuó con un aumento de entusiasmo:

— ¡ Seamos justos, amigos míos! ser el imperio de tal emperador, es ciertamente un destino espléndido para un pueblo, sobre todo, cuando este pueblo es la Francia, y añade su genio al genio de aquel hombre! Aparecer y reinar; marchar y triunfar; tener por etapas todas las capitales; tomar á sus granaderos y coronarlos reyes; decretar destituciones de dinastías; transfigurar á la Europa á paso de carga; que se siente, cuando amenaza, que pone

su mano en el pomo de la espada de Dios; seguir, en un solo hombre, á Annibal, á César, á Carlomagno; ser el pueblo de uno que mezcla con todas vuestras auroras el anuncio brillante de una batalla ganada; tener por despertador al cañon de los Inválidos; lanzar en abismos de luz palabras prodigiosas cuyo esplendor brilla para siempre, Marengo, Arcole, Austerlitz, Iéna, Wagram! hacer á cada instante despuntar en el zenit de los siglos constelaciones de victorias; dar el imperio frances por contrapeso al imperio romano; ser la grande nacion y producir el grande ejército; hacer volar sus legiones por toda la tierra, como una montaña envía en todas direcciones sus águilas; vencer, dominar, aterrar; ser en Europa una especie de pueblo dorado á fuerza de gloria; hacer resonar al traves de la historia una marcha triunfal de titanes; conquistar el mundo dos veces, por la conquista y por el asombro; todo esto es sublime: por ventura, ¿hay nada más grande?

— Ser libre, dijo Combeferre.

Marius á su vez bajó la cabeza; esta palabra sencilla y fria habia atravesado como una hoja de afilado acero su efusion épica, que él sentía ya desvanecerse en su mente y en su corazon. Cuando levantó los ojos, ya no estaba allí Combeferre. Satisfecho probablemente de su réplica á la apoteosis, acababa de marcharse, y todos, excepto Enjolras, le habian seguido. La sala se hallaba ya vacía. Enjolras, que habia quedado solo con Marius, le miraba con gravedad. Entre tanto Marius, habiendo recogido y ordenado un poco sus ideas, no se daba por vencido; habia en su espíritu un resto de agitada fermentacion, que iba sin duda á traducirse en silogismos lazandose contra Enjolras, cuando hé aquí que, de improviso, se oye una voz cantando al bajar la escalera. Era Combeferre, que cantaba lo siguiente:

Si César me hubiera dado
La gloria y la guerra,
Y me hubiera obligado
A dejar el amor de mi madre,
Habría dicho al gran César :
Recoge tu cetro y tu triunfal carroza,
Prefiero á mi madre, ¡oh dicha!
Sí, prefiero á mi madre.

El acento, tierno y severo á la vez, con que cantaba Combeferre esta copla, la comunicaba cierta especie de grandeza extraña. Marius, pensativo y con la vista clavada en el techo, repitió casi maquinalmente : ¿mi madre?...

En el mismo instante sintió sobre su hombro la mano de Enjolras.

— Ciudadano, le dijo éste, mi madre, es la república.

VI

RES ANGSTA

Aquella velada dejó á Marius en un estado de conmocion profunda, acompañado de una triste oscuridad en el alma. Experimentó lo que tal vez experimenta la tierra en el momento en que se la abre con el hierro para depositar en ella el grano de trigo, la cual no siente sino la herida; la emocion del germen y la alegria del fruto no llegan sino despues.

Marius se puso sombrío. Cuando apénas acababa él de formarse una fe, ¿tendria que renunciar tan pronto á ella? Él se apresuró á darse una respuesta á sí mismo, declarando que no queria dudar; pero empezó á dudar á pesar suyo. Hallarse entre dos religiones, una de la cual no se ha salido aún, y la otra en la cual no se ha entrado todavía, constituye una situacion insoportable. Los crepúsculos no agradan sino á las almas de murciélago. Marius

tenía una pupila franca, y necesitaba luz verdadera y completa. Las medias-luces de la duda le hacian daño. Por más que le agitara el deseo de permanecer en el estado en que se hallaba y de limitarse á él, veíase invenciblemente obligado á continuar, á avanzar, á examinar, á pensar y á marchar más allá. ¿Pero adónde le iba esto á conducir? temia él que, despues de haber dado tantos pasos para aproximarse á su padre, tuviera que dar ahora otros tantos que le alejasen de él. Su malestar se acrecia á medida que se le agolpaban á la mente todas estas reflexiones. El declive se iba bosquejando en derredor suyo. No se hallaba de acuerdo, ni con su abuelo ni con sus amigos; temerario para el uno, atrasado para los otros, se reconoció doblemente aislado, por parte de la ancianidad, y por parte de la juventud. Dejó de ir al café Musain.

En medio de esta perturbacion que embargaba su conciencia, ya no pensaba el siquiera en ciertas fases, muy formales, de la existencia humana. Las realidades de la vida no se dejan olvidar nunca. Vinieron, pues, bruscamente á hacerle una seña con el codo.

Una mañana se presentó el dueño del hôtel en el cuarto de Marius y le dijo :

— El señor Courfeyrac ha respondido por usted.

— Sí.

— Pero yo necesito dinero.

— Hágame usted el favor de decir á Courfeyrac que venga á hablar conmigo.

Llegó Courfeyrac, y al instante se marchó el hostelero. Marius refirió entónces á su amigo lo que aún no habia pensado en decirle; que era solo en el mundo, sin padres ni parientes de ningún género.

— ¿Y qué va á ser de usted entónces? le dijo Courfeyrac.

— No lo sé, respondió Marius.

— ¿Qué piensa usted hacer?

— No lo sé.

— ¿Tiene usted dinero?

— Quince francos.

— ¿Quiere usted que yo le preste alguno?

— Jamas.

— ¿Tiene usted ropas?

— Las que usted ve ahí.

— ¿Tiene usted joyas?

— Un reloj.

— ¿De plata?

— De oro, aquí está.

— Yo conozco á un ropavejero que le comprará á usted la levita y un pantalon.

— Está bien.

— Pero entónces ya no le quedará á usted sino un pantalon, un chaleco, un sombrero y un frac?

— Y las botas.

— ¿Cómo! ¿no irá usted descalzo? ¡qué opulencia!

— Con eso bastará.

— Sé tambien de un relojero que le comprará á usted su reloj.

— Bueno.

— No, eso no es bueno. ¿Y qué hará usted despues?

— Todo cuanto sea menester hacer, con tal que sea honrado.

— ¿Sabe usted el inglés?

— No.

— ¿Sabe usted el alemán?

— No.

— Es lástima.

— ¿Por qué?

— Porque un amigo mio, librero, está haciendo una especie de enciclopedia, para la cual habria usted podido

raducir artículos alemanes ó ingleses. Lo pagan mal, pero siempre da para vivir.

— Aprenderé el inglés y el alemán.

— ¿Y entre tanto?

— Entre tanto comeré mis ropas y mi reloj.

Hicieron venir al ropavejero, el cual compró los desechos por veinte francos. En seguida fueron á casa del relojero, quien compró el reloj por cuarenta y cinco francos.

— No va esto del todo mal, decia Marius á Courfeyrac al volver al hôtel, con mis quince francos, ya esto hace que reuna ochenta francos.

— ¿Y la cuenta del hôtel? le hizo observar Courfeyrac.

— Toma, y es verdad, ya no me acordaba, dijo Marius.

El hostelero presentó su cuenta, la cual importaba setenta francos, que fué preciso pagar inmediatamente.

— Me quedan diez francos, dijo Marius.

— ¡Diantre! repuso Courfeyrac, comerá usted cinco francos mientras que aprende el inglés y los otros cinco mientras que aprende el alemán. Esto será engullirse una lengua muy de prisa, ó una moneda de cinco francos muy despacio.

Entre tanto, su tía Gillenormand, bastante buena criatura en el fondo, sobre todo, en las ocasiones tristes, habia acabado por descubrir la morada de Marius.

Una mañana, al volver este de la escuela, se halló con una carta de su tía, y seiscientos francos en oro dentro de una cajita, cerrada y sellada.

Marius devolvió los treinta lises á su tía con una carta muy respetuosa, en la cual declaraba poseer los medios de subsistencia suficientes para proveer en lo sucesivo á todas sus necesidades. En este momento le quedaban tres francos.

Su tía no quiso informar al abuelo de esta negativa de Marius á aceptar el dinero, por temor de exasperarle aún

más. Por otra parte, no habia él encargado expresamente que no le recordaran nunca el nieta, diciendo : Que no me hablen jamas de ese bebedor de sangre!

Marius salió del hôtel de la puerta Saint-Jacques, no queriendo contraer allí deudas.